Entre Río y México. Sus últimos cuatro años

May Lorenzo Alcalá

La muerte de Manuel Puig representó, para mí, el destete definitivo; el momento en que perdí la omnipotencia de la juventud y me enfrenté a la inexorabilidad de mi propia muerte. Desde que tiene conciencia, el ser humano se prepara para la pérdida de los padres porque es la ley de la vida; en cambio, el fallecimiento de un amigo funciona como un espejo macabro. Pero no iba a entender algo tan evidente hasta después de algún tiempo: ese 22 de julio de 1990, domingo, sólo percibiría que estaba sola en mi departamento de Ipanema y que me había quedado un poco más sola en la vida, ya que Manuel fue la promesa de un amigo que me duró muy poco.

Encuentro con vídeo

Cuando llegué a Río, en diciembre de 1986, él estaba en la cumbre de su fama. Además de la altura de la cima, se interponía entre Manuel y yo una ambigua fama de paranoico-ermitaño, que usaba en su provecho para eximirse de obligaciones o personas indeseables. Y digo ambigua, porque Manuel Puig era tremendamente comunicativo, afectuoso y solidario, si uno aprendía a transitar sin desviaciones por los caminos que él señalizaba.

A los dos o tres meses de llegar, la suerte iba a ayudarme en el acercamiento. A instancias de un funcionario del Consulado, Manuel me llamó para pedirme que le habilitara el uso del correo diplomático; Carlos, su hermano, debía mandarle unos medicamentos desde Buenos Aires. Nuestra primera conversación fue la de dos viejos conocidos: había suficientes lazos personales e intelectuales entre nosotros, como para pasar por alto el detalle fáctico de no haber tenido, previamente, contacto directo.

Aquellas medicinas de Male, su madre, iniciaron una relación que, poco a poco, se fue convirtiendo en una amistad entrañable. Un día Manuel me llamó para invitarme a compartir una de las famosas –pero recónditas– sesiones de vídeo. Me preguntó, solícito «¿qué querés ver?» Como la película era lo de menos, le respondí automáticamente: «una de Greta...la primera hablada». Su repregunta fue, a pesar del tono seductor que utilizaba,

absolutamente contundente: «¿querés la versión americana o la alemana?» Su videoteca era tan descomunal y sofisticada que podía permitirse sutilezas tales como las dos versiones de *Anna Christie* que, al mismo tiempo pero con diferentes actores, director, vestuario y escenografía, filmó la Garbo para ambos mercados.

Así comenzaron las sesiones semanales que compartí con Manuel y Male mientras vivieron en Río. Como las sabía un privilegio, pasaba por alto las pequeñas incomodidades que resultaban de las manías de madre e hijo. Había que llegar justo a las nueve; un retraso de más de quince minutos ocasionaba amables pero firmes quejas. Se pasaba al espacio del departamento de Male organizado como sala, casi un pasillo con vista al jardín, porque el grueso de la habitación estaba ocupado por enormes muebles de comedor, un poco desproporcionados para aquella estancia

La conversación duraba unos quince minutos, regada de café que Male servía en diminutas tazas con forma de capullo de hojas. Nunca o casi nunca se hablaba de literatura; la sustancia de los diálogos eran los chismes de Buenos Aires, Nueva York, Roma y las cartas que ambos recibíamos de amigos comunes. Con frecuencia, Manuel se quejaba de algún maltrato del que había sido objeto o de una conjura montada contra él. Habitualmente sus reclamos eran legítimos aunque desproporcionados; algunas veces, fruto de su delirio persecutorio.

Después, se pasaba al cuarto de los televisores. Había tres o cuatro, con sus correspondientes vídeos, que cubrían un amplio espectro de sistemas –en la época no los había multinorma– ya que Manuel recibía material de Roma, París, México, Buenos Aires. En ese lugar se veía, en silencio, el filme seleccionado que podía ser uno de sus *estrenos* –cinta recién llegada a través de algún corresponsal–, la concesión graciosa a algún pedido del invitado o, simplemente, la centésima vez de una de sus preferidas: Garbo, *of course*; Rita, *of course*; Fred Astaire y Ginger Rogers, *of course*. Si la copia era sin subtitular y el idioma original inglés o alemán, Manuel hacía traducción simultánea para Male, que se arreglaba bien con las habladas en francés e italiano.

Terminada la película, sobrevenían los comentarios que duraban unos diez minutos, durante los que degustabamos algún licor preparado por Male o whisky, traído por Manuel de su último viaje. A eso de las doce y media, como cenicientas trasnochadas, los invitados partíamos escrupulosamente. Nuestra despedida, de Manuel y mía, solía prolongarse en la puerta, único lugar donde podíamos hablar sin la presencia de Male; era el momento de alguna confidencia o de un fuerte insulto dirigido a un tercero ausente.

De esas sesiones participaba un reducido grupo de amigos, pero siempre por separado. Manuel nunca nos mezclaba ni hacía comentarios sobre quién había estado la noche anterior. Como dijo Nélida Piñón, en el homenaje que organicé al mes de la muerte de Manuel[1], «sus amigos formábamos una logia secreta de la que sólo él sabía la identidad de los integrantes». Posiblemente deseaba disfrutar de cada uno con total exclusividad, por lo menos el tiempo que nos dedicaba y le dedicábamos.

Sociales, laborales y amorosas

Tal vez por eso no aceptaba invitaciones, ni siquiera de los mismos que él recibía. Sólo lo vi transgredir esta norma en dos oportunidades; la primera para venir a mi casa a una cena de bienvenida a Jorge Gallardo, que acababa de acreditarse como corresponsal de *La Nación* en Brasil. La segunda, para ir a la de Bela Josef, a una comida en honor de un grupo de escritores argentinos, entre los que estaba César Aira, a quien no conocía personalmente, pero sí su obra en detalle. En ambas ocasiones fue discretamente sociable, pero estuvo muy lejos de la situación de estrellato que un escritor de su posición podría haber demandado.

Si bien rehuía esos compromisos, adoraba hablar por teléfono. Silvia y Alfredo Oroz[2] me contaron que con ellos conversaba durante horas, en forma separada, porque sabía perfectamente cuándo encontrarlos solos. A mí me llamaba por lo menos tres veces por semana; imagino ahora que graduaba la frecuencia para no entorpecer mi trabajo, porque con el suyo era absolutamente sistemático.

Dedicaba la mañana a la correspondencia, las negociaciones, contratos y traducciones. Siempre se ocupó personalmente de la parte comercial de su profesión, porque desconfiaba de los representantes –alguna vez me recordó que había tenido problemas con Carmen Balcells. Cerca del mediodía nadaba en el mar –después, en la piscina del Hotel Sheraton– e iba a almorzar con Male en el departamento de ésta; ambos, el de Manuel y el de su madre estaban en la rua Aperana, en el Alto Leblon, a unos cien

[1] Homenaje a Manuel Puig, *realizado en el Consulado Argentino en Río, agosto 1990. Reproducido sintéticamente en* América Hispánica, *año III. Río julio/ diciembre de 1990.*

[2] *Alfredo Oroz era un escenógrafo y vestuarista argentino, de mucho prestigio en Brasil. Había participado en algunos filmes de repercusión internacional. Murió tres o cuatro años después que Manuel. Su mujer, Silvia, que aún vive en Río, es una reconocida ensayista de cine, siendo su especialidad el melodrama latinoamericano, gusto que compartía con Manuel.*

metros de distancia el uno del otro. Dormía una hora de siesta y dedicaba la tarde a la tarea creativa, hasta la cena y posterior sesión de vídeo.

Esta rutina no se perturbaba ni por las relaciones amorosas; a ellas les dedicaba dos tardes. La del viernes, hasta muy poco antes de su partida a México, pertenecía a un hombre casado y con familia tradicional, que Manuel consideraba su vínculo estable. Él respetaría siempre el secreto de su nombre, por lo menos conmigo, pero me contó que lo conocía desde antes de radicarse en Río. Posiblemente haya sido una razón determinante para que estableciese allí su residencia permanente como, sin duda, el fin de esa relación debilitaría los lazos que lo amarraban a esa ciudad. No sé por qué terminaron, pero sí que ello no causó gran dolor a Manuel; tal vez sólo un poco de nostalgia.

En cambio, los martes por la tarde pertenecían a su libertad. Invitaba, ese día, a los jóvenes que conocía circunstancialmente, especialmente en la playa. Le gustaban los chicos de clase baja, bonitos pero rústicos, que le permitieran una suerte de paternalismo aunque, curiosamente, las demandas de cariño o de dinero lo irritaban mucho y motivaban rápidas rupturas.

En esa planificación tan estructurada, encontraba tiempo para estar bastante al tanto de lo que se publicaba en la Argentina. Si bien mantenía una relación ambivalente con sus compatriotas –no con el país–, era absolutamente consciente de su pertenencia al sistema literario argentino –tal como quedará ejemplificado más adelante– aunque no percibiese con toda claridad la dimensión de la influencia de su propia obra sobre aquél.

De fobias y huidas

A fines de julio de 1989, la decisión de Manuel de mudarse a México ya estaba tomada. Desde hacía unos meses, la posibilidad de una nueva migración frecuentaba nuestras conversaciones. Las motivaciones confesadas fueron resumidas por Manuel de la siguiente manera: lo maravilloso de esta ciudad era la playa y la naturalidad con que se hacía el amor. Ahora las aguas están contaminadas y, con el asunto del sida, de coger ni hablemos.

Lo cierto es que había tenido que cambiar la playa de Leblon por la piscina del Sheraton, a causa de unos golondrinos rebeldes que le salieron en las axilas, por el alto nivel de coli de las aguas en que le gustaba nadar. Los forúnculos eran tan empecinados, que temió que se tratara de un síntoma de sida. A pesar de que el dermatólogo descartó esa posibilidad, él iba a insistir en hacerse el test. Tuvo diez días de pánico hasta que llegó el resul-

tado que me llevó, en el sobre cerrado aún, al Consulado para que yo lo abriera; él no se animaba ni a mirar. Fue negativo en doble sentido: no sólo no estaba enfermo sino que no era portador.

Por eso me resultó más indignante que se hicieran conjeturas sobre la causa de su muerte y hasta que un escritor colombiano, de cuyo nombre prefiero no acordarme, lanzara la conclusión, traída de los pelos de supuestos indicios levantados en un viaje a Cuernavaca, de que la complicación de Manuel fue ocasionada por esa enfermedad. Me parece un prejuicio horrible suponer que, porque alguien sea gay, debe necesariamente morir de sida, pero mucho más si el que lo dice también es homosexual, como era el caso.

Si de algo puede asegurarse que murió Manuel Puig fue de tacaño. Se hizo operar de un cálculo de vesícula con perforación en el hospital de Cuernavaca, casi una sala de primeros auxilios, estando a 60 kilómetros del Distrito Federal. Una complicación cardiorespiratoria, como la que sobrevino a la intervención, podría haber sido prevenida y hasta subsanada en un establecimiento de alta complejidad, pero él prefirió hacerlo en la ciudad donde vivía «para comodidad de Male», según dijo a Javier Labrada, expresión que seguramente encubría un «para no gastar en hotel, restaurantes y desplazamientos».

Pero volvamos a Río. Pese al resultado del test del sida, siguió muy aprensivo tanto por la enfermedad, de la que en Brasil se hacía mucha difusión, como por algunas experiencias desagradables que habría tenido. Personas descomedidas, posiblemente el albañil que le sirvió de modelo para Josemar de *Sangre de amor correspondido*, intentaron sacar algo más que provecho amoroso de la afectividad de Manuel. El patrón de la extorsión, o de la amenaza latente de revelar su secreto a voces[3], se repetía. La salida de Buenos Aires, a principios de los setenta, también estuvo teñida de confusos episodios públicos –la prohibición de sus libros y las amenazas de la Triple A, que él esgrimía– y privados, que lo continuaron persiguiendo, aún después de la vuelta a la democracia[4].

Sin embargo, playas y amor restringidos no eran la única causa de su deseo de mudarse a México. Durante los primeros años de residencia en Brasil, había sido mimado por la crítica y los escritores. Con el correr del tiempo, Manuel dejó de ser una novedad para convertirse en una figura

[3] *Como en otros asuntos, también en el tratamiento de su homosexualidad, Manuel era aparentemente contradictorio. No la ocultaba, pero no quería que se esgrimiese como reivindicación o que se mencionase públicamente.*

[4] *Manuel nunca volvió a la Argentina después de su autoexilio. La idea de enfrentarse al público en su país parecía aterrorizarlo.*

cotidiana que, además, competía en el mercado local. Y él era muy sensible a los comentarios sobre sus obras o repercusión de ellas –tal vez ése fuera el único síntoma de divismo– que, cuando no eran favorables, adjudicaba a estructurados complots[5].

La comedia musical *Gardel: uma lembranza* y su última novela, *Cae la noche tropical* no obtuvieron los records a que Manuel estaba acostumbrado. Un segundo patrón también se repetía: *The Buenos Aires affair*, la última novela que publicó antes de su partida definitiva de Argentina, no obtuvo niveles de venta, ni críticas elogiosas, comparables a las anteriores, *La traición de Rita Haywoord* y *Boquitas pintadas*. Puede pensarse provisionalmente, con cargo a confrontar la hipótesis con otras huidas –Roma, Nueva York– que las mudanzas de Manuel se debieron al temor al escándalo y a la sensación de que su público ya no lo amaba lo suficiente. Había llegado la hora de cambiar de escenario.

Partir y no llegar

Male y Manuel salieron de Río rumbo a Roma, en agosto de 1989, mientras su mudanza iba directamente a México. La producción italiana de *Vivaldi*[6], les había ofrecido una *villa* en las afueras de Roma para que Manuel terminara el guión, mientras la mudanza llegaba a su destino. La primera carta que Manuel me envía desde allí, es del 26 de noviembre de 1989. Aunque de apariencia informativa, tiene un párrafo bastante ilustrativo tanto de su estado de ánimo respecto del Brasil, como de su pertenencia al sistema literario argentino: «Me parece que todo lo de Río fue hace siglos. Por suerte vendí todo antes de la gran caída del dólar. Fue todo al borde del abismo ¿verdad? Te diré, una grandísima confidencia, que no tengo buen recuerdo de Río, aparte de la parte galante que fue divina. Del ambiente literario nada quedó, gente huidiza y envidiosa, y para qué hablar del periodismo, en Río por desgracia dominado por el JB –se refiere al *Jornal do Brasil*–, que bien sabés cómo trata a nuestra nacionalidad. Estoy feliz de haber salido. FELIZAZO, de veras, y mamá se puede salvar aquí y pasar unos buenos años; desde el 87,

[5] *La humildad de Manuel se contradecía permanentemente con la hipersensibilidad respecto de la recepción de su obra, según quedará ejemplificado varias veces en este texto.*

[6] Vivaldi *–como mucho otros guiones que Manuel hizo para Holywood– que yo sepa, nunca llegó a filmarse. Él adjudicaba su elección como guionista al deseo de los productores de garantizar que Willian Hurt aceptase el papel protagónico. Lo que era cierto es que el actor norteamericano estaba muy agradecido a Manuel por haber creado el personaje de Molina –de* El beso de la mujer araña*– que le ganó un Oscar y la fama de que todavía hoy goza.*

más o menos, ella comenzó a decaer allí, entre la pérdida de la playa y el frío del invierno. Y vaya a saber qué otras cosas que no cuenta».

A mediados de febrero de 1990, viajé a México; desde mi llegada al Distrito Federal, las comunicaciones telefónicas fueron cotidianas hasta que, unos días después, tomé un *tour* a Taxco, la ciudad de los plateros y la iglesia barroca de Santa Prisca. Al atardecer, el bus me dejó en una estación de servicio en la entrada de Cuernavaca; llamé a casa de Manuel, tal como habíamos convenido, y a los diez minutos estaban allí, él, Male y el chofer con ¡un auto americano último modelo! Para quien, como yo, conocía su ascética vida, aquel despliegue era una absoluta novedad.

El reencuentro fue de lo más efusivo. Seguramente estábamos alegres de volver a vernos y eso no había por qué disimularlo. Cenamos en un restaurante del centro y después fuimos a la nueva casa. Otra sorpresa: era fantástica. Casi una manzana de terreno en desnivel, que daba a los tres edificios de su propiedad una perspectiva muy peculiar. El edificio principal tenía una gran sala en ele, un departamento para Male –escritorio, dormitorio y baño en suite–, dormitorio y baño para Manuel, y del otro lado, un sector de huéspedes.

Todo era un desorden; habían tomado posesión hacía una semana y la mudanza había llegado el día anterior. Manuel no quiso contármelo cuando hablamos, por temor a que me hiciese la discreta y no fuera. Nada más lejos de mí, claro. A unos veinte metros de la casa principal, estaba la de huéspedes, que tenía dos cuartos en suite y una sala con cocina americana. Debajo, aprovechando el desnivel del terreno y totalmente independiente, un gran ambiente que Manuel iba a convertir en su estudio.

El tercer edificio era la casa de los cuidadores: Adán, el chofer-mayordomo; su mujer, mucama y acompañante de Male, y varios hijos que hacían tareas varias. Manuel decía que Adán y familia habían sido *comprados* con la casa, ya que trabajaban con los anteriores dueños. El enorme terreno daba lugar todavía a un espacioso parque muy florido, parrilla a la argentina, quinta y a la construcción de una enorme piscina rectangular, para que él y Male pudiesen retomar su rutina natatoria.

No voy a negar que me quedé helada. Aquellos lujos estaban totalmente fuera de la escala de vida –no de sus posibilidades– de Manuel. Para agravar mi sorpresa, me contó las reformas que se realizarían para convertir aquella casa en su lugar definitivo. Creo que sólo al día siguiente entendí lo que estaba pasando. Mientras paseábamos del brazo por sus posesiones, que yo elogiaba sin esforzarme, me dijo: «¿Sabés, May? Tengo cincuenta y seis años; creo que ha llegado la hora de empezar a disfrutar lo que con tanto esfuerzo gané». La mueca que el destino estaba gestando,

poco después, se burlaría de aquella decisión de vivir, por fin, como un escritor de su posición social y económica.

La noche fue larga porque, sólo después de que Male se fue a dormir, iniciamos el período de confidencias. Al día siguiente, después de nuestro paseo matutino, Manuel me prestó el auto, con Adán y uno de sus hijos, para que hiciera una gira de turismo por la casa de Cortés y el centro de la ciudad. A mi vuelta, me esperaba en el jardín, listo para darse un chapuzón en la piscina original de la casa, chiquita y en forma de riñón, que iba a desaparecer cuando inauguraran la nueva. Male, que comenzaba a preparar el almuerzo en la cocinita de la casa de huépedes –porque la de la casa principal estaba en refacción– nos tomó dos o tres fotos, pero ella no quiso aparecer porque estaba con ruleros. A las tres de la tarde, un auto que había contratado vino a buscarme para volver al D.F.

Hablamos, todavía, varias veces por teléfono y, dos días antes de retornar a Río, Manuel fue a Ciudad de México y conversamos una hora en un bar, mientras Male era atendida por su oftalmólogo. Volví a Brasil a mediados de marzo sin que Manuel hiciera mención a la muerte de su padre, ocurrida el día 5, en Buenos Aires –según me enteraría un semestre después, a través de su hermano Carlos.

A partir de mi visita a México y ahora que Manuel estaba instalado en una casa con teléfono permanente, instituimos el hábito de hablarnos cada quince días. Alrededor del 10 de julio lo llamé yo. Me contó que los últimos días había dado un «espectáculo bárbaro», vomitando por todos los rincones. Adjudicó el malestar a la somatización de una rabieta que se había agarrado por problemas con la producción norteamericana de la versión musical de *El beso de la mujer araña,* que debía estrenarse en Broadway en noviembre[7]. Quedamos en que él me llamaría el jueves siguiente.

No me sorprendió que no lo hiciese, a pesar de sus hábitos meticulosos; pensé en compromisos de último momento o en inconvenientes en la remodelación de la residencia. El domingo 22 de julio de 1990 por la tarde, releía *La casa*, de Manuel Mujica Lainez[8], cuando sonó el teléfono. Era Silvia Oroz y lloraba.

[7] *La versión musical de* El beso de la mujer araña *se estrenó en Broadway dos años después de lo previsto y, estoy segura, que la puesta hubiera indignado a Manuel.*

[8] *Manuel Mujica Lainez fue un gran escritor argentino,* último y tardío representante de la novela tradicional, *según expresión de Cristina Piña, en tanto Manuel Puig es quien consigue sintetizar las búsquedas de la narrativa experimental con la vocación original del género de ser popular. Los dos extremos del siglo XX. Ver: May Lorenzo Alcalá.* Manuel, María y Manuel. *Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires. 1992.*